

La enseñanza de la experiencia cooperativa

Alberto Rezzonico (*)

El acontecimiento que conmemoramos no es algo común; se trata de la concreción del primer cuarto de siglo de existencia del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.

Se ha señalado que el Instituto nació a la vida del movimiento cooperativo en la Argentina, como un proyecto general de ordenamiento de las finanzas generadas por el trabajo cooperativo, con el fin de colocarlas al servicio de un plan de desarrollo, de crecimiento, de una idea de país que deseaban quienes lo promocionaban.

Sería absolutamente imposible analizar cronológicamente, los diferentes momentos de la vida del Instituto; parece más importante tratar de desentrañar qué enseñanza nos dejan estos 25 años de experiencia cooperativa.

La primera enseñanza es que el proyecto que configura el nacimiento del Instituto al que nos referimos más arriba nos expresa que cuando un servicio como el financiero se piensa con un criterio distinto al del lucro del intermediario, no queda encerrado en los límites de la empresa ni en los del mercado, sino que se plantea y diseña para reformar la estructura económico social del país. ¿Qué límites puede tener una experiencia de servicio financiero volcado al desarrollo de la economía argentina si no son aquellos que la misma le plantea; límites en algunos casos naturales y en otros inducidos porque es el reflejo de los intereses predominantes?.

Hemos señalado en otras oportunidades que el programa originario del Instituto no fue sólo el de una federación de cooperativas; significó, nada más ni nada menos, que el planteamiento de una concepción global de desarrollo de la economía y la sociedad de nuestro país, donde se planteó la opción: O nos desarrollamos pensando en nosotros y hacia afuera, o deberemos hacerlo desde fuera hacia adentro.

El contenido de dicho programa indicaba la alternativa que aun hoy los argentinos nos planteamos como vital: Liberación o dependencia.

Nacimos con esa tremenda carga de realización y de fe que los fundadores supieron dar y que todos nos comprometimos a llevar adelante. A poco de andar, esa experiencia hubo de encontrar la repulsa y el freno impuesto por todas las situaciones de interés directo o indirectamente afectadas por esas proposiciones. Nuestro Instituto debió sufrir una serie de discriminaciones y sanciones, hasta personales y de trato, que necesitaron mucho tiempo y paciencia para poder remontarlas y hacer que se entendiera claramente cual era el objetivo fundamental que se buscaba, y esa lucha por subsistir y crecer que es conocida por todos.

(*) *Discurso del Dr. Alberto Rezzonico, Presidente del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, en ocasión del XXV Aniversario de la creación del IMFC y la inauguración de la "Casa de la Cooperación" Rosario, 19 de Noviembre de 1983.*

Ello nos enseñó que nuestra solución estaba en trabajar primero como argentinos y luego como cooperadores. Aprendimos que la cooperación sola, si no esta apoyada en las distintas expresiones populares que se dirigen al mismo objetivo, en las fuerzas del trabajo, del empresariado nacional, si no esta apoyada fundamentalmente en una verdadera integración cooperativa que no se quede en lo formal o en lo institucional, sino que la comience a forjar en el ámbito operativo; si no logramos presentarnos como un conjunto de voluntades definido hacia el desarrollo independiente, autosostenido, equilibrado y armónico no puede lograrla.

Por lo tanto el Instituto, desde sus comienzos, ha recurrido a las distintas esferas de gobierno y a los partidos políticos, ha tratado de fundar instituciones que pudieran desarrollarse en el mismo sentido que el propio, ha expresado su pensamiento y provocado el debate de sus ideas. Sólo cuando las puertas del entendimiento estuvieron cerradas, no tuvo más remedio que llamar a los sectores que lo respaldaban y decirles francamente: “Esta es nuestra situación; si están de acuerdo con nosotros, defiendan nuestras proposiciones”. Las grandes manifestaciones populares del Luna Park, las extensas solicitudes publicadas tanto en 1976 como en este último año, se realizaron con la participación de los socios de las cooperativas, en momentos en que éstas no podían ofrecerles ni brindarles los servicios que esperaban legítimamente.

Esta conducta de trabajar con todos sin declinar nuestras propias concepciones, fue lo que hizo que el Instituto planteara su integración en todos los cuerpos orgánicos institucionales del movimiento cooperativo. Así la participación en la Confederación Cooperativa de la República Argentina (COOPERA) en la cual, a través del prestigio personal de uno de nuestros más queridos dirigentes el Instituto ocupó la vicepresidencia. Estuvo presente también en la reunión de fundación de la Organización de Cooperativas de América. Allí se manifestó la disidencia cuando esta organización regional pretendió utilizarse para defender los intereses políticos de un determinado país, el que generosamente se ofrecía a sufragar los gastos de la institución. El Instituto sostuvo entonces que los gastos de las entidades cooperativas de grado superior deben ser financiadas por las cooperativas de base; es la única garantía de independencia. Y porque así no se entendió, el IMFC estuvo varios años fuera de la Organización de Cooperativas de América, a la que contribuyó a fundar, pero que de ninguna manera iba a contribuir a desnaturalizarla. Lo mismo ocurrió con la integración a la Alianza Cooperativa Internacional: Durante largo tiempo hubo que esperar que el IMFC fuera reconocido como una entidad representativa y admitido en el seno del conjunto de las organizaciones cooperativas mundiales. Pero no solo se aceptó su asociación a la ACI, sino que se lo invitó a participar de un organismo internacional de coordinación de la magnitud del Comité de Liason (Comité de Enlace), en que esta representado lo más importante de la Banca Cooperativa mundial.

Esto confirma que, como lo recordará Jaime Kreimer, repitiendo a Lisandro de la Torre, “cuando uno se orienta por un camino recto no pasa mucho tiempo sin que tenga compañero”.

Esta es a mi juicio la segunda experiencia importante, que nos enseña que el éxito requiere la unión con el movimiento cooperativo argentino integrado, pero siempre manteniendo una independencia de criterio, una línea de conducta, una forma de interpretar la doctrina cooperativa.

Debe resaltarse otro aspecto: ¿Con quién se hizo la experiencia cooperativa? Se efectuó con la gente, con el pueblo y sus ahorros; administrándolos honestamente y buscando cada vez mas ampliar la órbita de los servicios prestados.

Cuando se recibieron los ataques, ¿a quién se recurrió, sino a la misma gente que había creado las cooperativas?.

Hubo dirigentes que en esos momentos aciagos creyeron que el barco se hundía irremediablemente; sin embargo, otros, sin temor alguno, apelaron a la comprensión de las bases que habían dado origen a estas instituciones, encontrando allí una respuesta que pocos hubieran pensado, tan comprensiva y profunda.

Porque la democracia es conciencia en el pueblo que se mueve, que asume un compromiso y sabe que tiene fuerzas suficientes para alcanzarlo porque está ligado con dirigentes honestos, que le plantean objetivos claros para movilizarse y obtener los resultados que se propone. Entonces, hubo que dar cauce a todo este deseo de colaboración, arbitrando mecanismos institucionales que permitieran la participación.

De allí aprendimos que la democracia cooperativa tampoco se agota en el cumplimiento de una ley o de un estatuto, ni está encerrada en los principios de que “un hombre equivale a un voto” o de que los excedentes se reparten de una determinada forma. La democracia cooperativa necesita ser participativa.

Hemos observado con interés la experiencia de los bancos cooperativos de Alemania Federal, de las cooperativas de crédito en Canadá, así como de otras ramas de la actividad solidaria, que se han planteado como necesidad vital resolver el problema de la participación del asociado en entidades que crecen imperiosamente, porque así las impulsa el mercado, para poder competir con las organizaciones empresarias capitalistas. En la medida que se crece, se pierde intermediación, vínculos entre el asociado y la dirección de la entidad. La vida del Instituto es en parte la búsqueda y el ensayo de esos diversos canales de comunicación directa entre la cúspide y su base. Si no hubiéramos experimentado suficientemente en esta cuestión, no se hubieran podido encontrar tan rápida y organizada los caminos que llevaron a hacer el tremendo esfuerzo que en estos últimos años demandó la fusión de varias cajas de crédito para constituir los nuevos bancos cooperativos y adecuarlos a las reglamentaciones exigidas por una ley de entidades financieras; no hubiéramos encontrado la forma de componer los intereses de una organización mayor con las necesidades de cada una de sus filiales de manejar sus fondos propios en relación a las necesidades de sus zonas, invertirlos prioritariamente en ella, asegurar la participación de los asociados en los consejos zonales para poder llegar, en sucesivos escalones, hacia y hasta la conducción central de la entidad.

La tercera enseñanza que se pretende destacar en este resumen es que, la cooperación necesita, para ser genuina y efectiva, de una verdadera participación de los asociados.

Quizás en el próximo mes, cuando se efectúen en Rosario las Terceras Jornadas de Abogados y Escribanos de Bancos Cooperativos, en las que se analizará las experiencias de diez años de aplicación de la actual ley de cooperativas, debería plantearse seriamente si la necesidad de la participación debería ser considerada como una de las características que tipifican a las sociedades cooperativas en comparación con otras entidades legalmente admitidas.

Me pregunto ahora: ¿Cuándo nos fue bien y cuándo mal?.

Es indudable, a juzgar por los 25 años que cumplimos, que siempre nos fue bien. Pero hubo diferencia notoria entre la posibilidad de crecimiento del movimiento cooperativo en los regímenes políticos democráticos, o, para expresarlo con más propiedad, en las experiencias políticas sustentadas en el voto popular, y aquellas otras etapas donde hemos debido vivir experiencias políticas impuestas sin el aval del sufragio.

Esto nos ha llevado a entender que hay un vínculo directo entre las posibilidades de realizar un genuino programa de desarrollo económico y las formas democráticas de convivencia, y una íntima relación entre las políticas que generan una mayor dependencia política, económica y social, y los gobiernos que no tienen control de los electores.

Por lo tanto, en la vida del Instituto, la defensa de la democracia no es un elemento más.

No es casualidad que haya efectuado este año un acto en el Luna Park de Buenos Aires, congregados bajo el lema. EN DEMOCRACIA CON EL COOPERATIVISMO POR EL DESARROLLO DEL PAIS. No es un capricho de dirigentes. Es que hemos comprendido, por nuestra propia experiencia, **que si no existe un régimen político democrático, tampoco hay futuro para el desarrollo del país** y para el propio movimiento cooperativo.

Llegamos así estos veinticinco años con algunos acontecimientos notables. Uno ha sido la inauguración del edificio de “La Casa de la Cooperación”, cuya construcción significó un verdadero sacrificio. Lo hemos hecho conjuntamente con una fundación educacional. No ha sido una empresa lucrativa la que ha contribuido a que el Instituto termine la construcción.

Con Idelcoop, y para que nuestra convivencia quede sellada para siempre hemos terminado de levantar esta Casa en nuestros veinticinco años.

Terminamos de realizar las jornadas del Congreso Nacional de la Cooperación. Desde 1936 no se había realizado en nuestro país un Congreso cooperativo.

El que concluye es el reflejo de lo que es hoy el movimiento cooperativo argentino, el que va a entregar sus conclusiones, producto de amplias discusiones a las autoridades constitucionales que tengan de ahora en más la obligación de conducir la vida del país.

Después de tantos días aciagos, el pueblo argentino supo encontrar caminos, forzar decisiones que llevaron a esta salida democrática. Nuestro Instituto no ha estado ajeno a esta lucha. Aunque en algunos momentos pudimos no haber sido comprendidos en nuestra prédica, estamos absolutamente convencidos de que nuestra tarea contribuyó a lograr estos caminos de convergencia que se presentan cuando cumplimos nuestro primer cuarto de siglo de vida.

El próximo cuarto de siglo, el que nos espera de ahora en más, se conmemorará cuando ya estemos totalmente insertados en su primer decenio, pasado el año 2000, que ha sido siempre un sumo para la humanidad que ha puesto en él muchos de sus temores, muchas de sus esperanzas, mucho de su imaginación.

¿Qué esperamos para ese año 2000?. La Alianza Cooperativa Internacional nos plantea como tarea la de planificar para esa meta. ¿Que quiere el Instituto para nuestros próximos años de vida? Un movimiento cooperativo organizado, integrado, comprendi-

do y utilizado como herramienta útil puesta al servicio del país. Si el cooperativismo b-
gra la gravitación que debe tener en el desarrollo de todos los países del mundo, induda-
blemente éstos, y en especial a inclusive el nuestro, deberían alcanzar su propio
desenvolvimiento en las condiciones cualitativas que pretendemos para el mismo: No
impuesto desde afuera, ni una simple acumulación de bienes susceptibles de generar una
actividad de consumo indiscriminada, sino un proceso cuantitativo y cualitativamente
equilibrado, donde las riquezas sean generadas para ser puestas al servicio del hombre y
no este instrumento de las primeras.

El año 2000 tiene que encontrar un mundo integrado y en paz. Paz, palabra a la que
todos hacemos referencia, pero que hoy más que nunca estamos tan proclives a perderla.
Existen efectivamente condiciones para que la alteración de la paz, en varias partes del
mundo, pueda alcanzar niveles de descontrol si no prima el buen criterio, la sensatez, y
la cordura de los dirigentes que tienen que tomar decisiones al respecto. Pero no es un
tema que pueda ser delegado exclusivamente a la decisión de los dirigentes de turno; se
tienen que expresar las grandes masas populares de todo el mundo que son las que en
definitiva sufren las consecuencias de que haya o no haya paz.

Tampoco es casual entonces que la Alianza nos haya impuesto como un mandato impera-
tivo a los movimientos cooperativos que la integramos, el hacer permanentemente hincapié en
la necesidad de mantener la paz en el mundo y la confraternidad entre los pueblos y las nacio-
nes, de manera de aportar para el desarrollo genuino los recursos que se consumen en estas
aventuras que desgraciadamente pueden convertirse en el holocausto de la humanidad.

No quisiera terminar sin hacer una reflexión afectiva hacia todos los dirigentes de
este movimiento en los distintos niveles, que han contribuido con su actitud personal,
con su esfuerzo, con su sacrificio, dedicando horas de su trabajo, de su relación familiar,
a poder acrecentarlo, desarrollarlo, y llegar a constituir lo que es hoy este Instituto Mo-
vilizador que transitoriamente nos toca presidir. No quiero dejar de hacerlo, porque en
un país que ha sufrido como el nuestro en estos últimos años, ejemplos de inmoralidad
alarmante, ejemplos de que cualquier cosa que se haga desde el y con el poder es buena
de por sí, que no hay posibilidad de juzgarla y si lo hiciera eventualmente, se anulan por
ley que dictan los propios interesados, esa tarea persistente, silenciosa, que cada dirigen-
te ha hecho desde su modesto lugar de trabajo ha sido ejemplo de conducta, que quere-
mos transmitir, con toda la fuerza y la elocuencia de la que desgraciadamente carece-
mos, a la juventud que debe encontrar caminos para realizarse, para que sepan que
éstos, en buena parte, están en comprometerse activamente en el desarrollo de todas las
organizaciones que hacen a la vida de su propia comunidad, desde una pequeña coope-
radora escolar hasta estas grandes organizaciones cooperativas que tanta incidencia
habrán de tener en el futuro del país.

Termino recordando a quien fuera un maestro nuestro; este recuerdo que va dirigido
a don Amero Rusconi, no implica en absoluto, desmerecer o colocar en segundos o ter-
ceros lugares, a otros dirigentes que hoy están o que, ya no nos acompañan.

Sucede que nosotros tuvimos que compartir la dirección de esta entidad y supimos
que el compromiso de una persona puede llegar, aun, a parar con sus huesos a un cala-
bozo, a saber decir que no, cuando alguien viene a pedir un “renunciamento patriótico”
o pretende decir “esta persona sí y esta no porque una piensa así y otra así”. Puede lle-
gar a demostrar, sin alterarse, ni levantar el tono de voz ni crear condiciones que aparen-

tan esos liderazgos semimágicos, que pueden darse en otros movimientos pero no en el cooperativo, que el único juez de su conducta es la propia asamblea que lo designó.

Este tipo de conducta cooperativa, que nosotros cristalizamos en el recuerdo de una persona, de don Amero Rusconi, es el ejemplo que queremos mostrar de un prototipo de conducta de un dirigente.

Finalmente, quiero expresar una invocación, un deseo que por mi intermedio transmite nuestro Instituto: Que sepamos afianzar definitivamente esta democracia que con tanto sacrificio hemos conseguido; haciendo de ella una democracia constructiva y no sólo una mera formalidad. Que dentro de era democracia, el movimiento cooperativo en general y nuestro Instituto en particular, tenga el lugar que por su importancia merece.